

do. Se estudia la traición de Elizondo, el viacrucis que vivieron los prisioneros desde Acatita de Baján, Coahuila, hasta Chihuahua; el proceso y muerte de los primeros caudillos insurgentes y se nos presenta además una semblanza de dos edificios históricos: el excolegio jesuita y el templo de San Francisco, que por cierto ya no existe. La obra contempla además treinta y cuatro fotografías, cuatro planos, dos litografías del siglo XIX y tres mapas; en su mayoría son poco conocidas, sobre todo las pinturas de Aarón Piña Mora que adornan la portada del libro y una página del interior, mismas que se encuentran plasmadas en un mural del palacio de gobierno de Chihuahua.

La obra fue escrita a manera de ensayo y esto obviamente nos privó a los interesados en el tema de la posibilidad de corroborar tanto sus fuentes testimoniales, como varios párrafos en donde se hacen importantes aseveraciones que invitan a la reflexión. Empero, a pesar de que el libro del doctor Arreola carece de aparato crítico, pues no presenta fuentes de información ni citas a pie de página, por la lectura del texto pudimos ubicar algunos de los autores que utilizó para elaborar su historia: Francisco Bulnes, Carlos Pereyra, José Vasconcelos, Luis Castillo Ledón, Lucas Alamán, José María de la Fuente, entre otros. De todos ellos, la obra de Castillo Ledón es la que emplea con mayor frecuencia. Es probable que también haya echado mano de los *Procesos de Hidalgo* publicados por Antonio Pompa y Pompa, aunque no lo menciona.

Si lo analizamos en perspectiva, podremos observar que el libro del doctor Arreola Cortés se inserta en una problemática más amplia que tiene que ver con el tema de la violencia y la impartición de justicia en la historia de México. No obstante que ya contamos con algunos trabajos que abordan en forma genérica este asunto, es conveniente profundizar en los distintos períodos históricos estudiando los casos específicos, para poder comprender las causas que originaron la represión y tipificar los procedimientos judiciales comúnmente empleados por los órganos de gobierno en una época revolucionaria. Aunque no nos presenta una síntesis historiográfica de cómo ha sido abordada la muerte de Hidalgo en la época de la Independencia, el autor hace co-

mentarios críticos a varios historiadores que él llama “hispanistas” para puntualizar que no sólo los indígenas fueron crueles y sanguinarios, sino también los españoles y sobre esto sobran ejemplos.

Cuando el autor habla de la “ira, el deseo de venganza y el instinto sanguinario de los verdugos” que ejecutaron a Hidalgo, cabría considerar que existía una poderosa razón para que los jefes realistas que ordenaron la ejecución actuaran de ese modo: la razón de Estado. Esta razón justificaba cualquier procedimiento de represión porque los rebeldes habían atentado contra la paz y la seguridad del reino. Patria, religión y rey fueron conceptos que quedaron en entredicho con la revolución y lo primero que hizo el ejército realista fue tratar de restituirlos en la conciencia de los novohispanos a cualquier modo.

Por otro lado, el autor ilustra muy bien la represión psicológica a que fue sometido el caudillo de la independencia durante su prisión en Chihuahua momentos antes de morir; los efectos que causaron en el ánimo del cura los fusilamientos y decapitaciones en la Plaza de los Ejercicios y a espaldas del excolegio jesuita; no menos doloroso fue para Hidalgo el acto de degradación en el que cortaron las yemas de sus dedos, rasgaron sus vestiduras y cortaron un mechón de su cabello declarándolo fuera del ministerio sacerdotal. Asimismo, Arreola Cortés corrige testimonios y apreciaciones históricas que se venían repitiendo en distintas obras, como por ejemplo la hora en que murió Hidalgo, el lugar donde fue sepultado y otros detalles menores. Según se desprende de la lectura de esta obra Hidalgo no murió de pie, sino sentado sobre un banquillo. Por tanto, hierra el artista Siqueiros y otros autores que así lo han representado.

Quizá otra de las bondades de esta obra, además de señalar el acto de degradación y el fusilamiento del cura Hidalgo, son las pesquisas que hizo el autor sobre la historia del edificio de los jesuitas y el papel que ha jugado a lo largo de nuestra historia, así como la localización precisa del sitio donde fue fusilado el Padre de la Patria. Este apartado se complementa con la historia del templo de San Francisco, de cuyo edificio no quedan rastros. Mientras aquél habla del lugar de encierro, éste se refiere al sitio donde fue sepultado el cuerpo decapitado

de Hidalgo. El autor finaliza con una interesante exposición de la epigrafía relevante en la ciudad de Chihuahua que testifica el deceso del cura.

No está por demás señalar que *Hidalgo en Chihuahua* plantea nuevas interrogantes por resolver en lo futuro, como la conspiración del presbítero Mateo Sánchez Álvarez y el criollo acomodado Salvador Parras, tema que nos ayudaría a conocer los intentos de los chihuahuenses por liberar a Miguel Hidalgo y los intereses que se escondían detrás de ello. En fin, éstas son algunas reflexiones que se desprenden de la lectura de este interesante libro, el cual se suma a la singular historiografía de la independencia, editada desde hace varios años por la Casa de Hidalgo.

Moisés Guzmán Pérez

Instituto de Investigaciones Históricas de la
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

T